

## APRENDER A SER SOLIDARIO

Jorge Yarce

Otra de las formas de prepararse bien para la vida y parte del aprender a convivir es vivir la solidaridad, que implica mucho más que una sensibilidad social reducida a mirar desde lejos la pobreza, la injusticia, la discriminación, la distancia entre las clases sociales, los problemas del propio país o de la sociedad actual.

Es verdad que sólo aprendemos lo que vivimos y que *sólo aprendemos de quienes amamos*. Por eso hay que pensar en experiencias y vivencias que sirvan al hijo, al alumno, al empleado, al directivo, al colega para comprender que se trata de una dimensión absolutamente necesaria en su vida, en contravía del aburguesamiento, de la vida excesivamente cómoda, de los caprichos de quien todo lo tiene.

O de quien no cuida lo que tiene, sólo piensa en su bienestar y en su placer, huye del dolor y las necesidades ajenas o no quiere contaminarse con la gente que no es de su clase o grupo social.

En derecho la obligación solidaria es aquella que afecta a todos y a cada uno, porque cada uno debe responder por todo si los otros fallan. En lo social equivale al compromiso que nos une con todos, por el cual yo tengo derecho a esperar de ellos pero ellos igualmente a esperar de mí.

Ante el otro como persona no basta con reconocer la interdependencia. Es necesaria la colaboración, acto propio de la solidaridad. Parte ella de la capacidad de comprender la realidad del otro y abrir al tiempo una vía reversible: el que da recibe y el que recibe da.

Es la superación del individualismo egoísta, que antepone el propio bienestar al de los demás y, en el plano social, subordina el bien común a los intereses de grupo, de partido, de empresa, etc.

No se puede comprender bien la importancia de la solidaridad si no se acepta que va

indisolublemente unida al carácter relacional de la vida humana, a la libertad comprometida, a la participación como reclamo básico de la vida en sociedad.

### **No es algo epidérmico**

La solidaridad es un modo de ser que lleva a actuar, que se explícita y se hace realidad con los hábitos, algo que se aprende como se aprenden los demás valores. A veces parte del tener material y económico, porque hay quienes no pueden responder como personas porque les falta lo elemental para vivir. Ese tener sirve de camino al ser, debe ser siempre un tener para poder ser y poder dar y servir.

La raíz primaria de la solidaridad está en la familia, donde se aprenden las virtudes esenciales y se adquiere la dotación básica para la vida.

Los otros ámbitos de la solidaridad son los grupos secundarios, como la empresa, que habiendo logrado tantos avances tecnológicos y económicos, en este aspecto se ha quedado muchas veces corta frente a su entorno y frente a sus mismos clientes internos —a quienes la integran que no son siempre el centro gravitatorio de su finalidad.

La solidaridad debe defenderse frente a posiciones individualistas que proclaman la libertad de mercado sin límites. *No se puede dejar que domine la vida social la lógica implacable del intercambio* (Soria) cuando puede estar amenazada la supervivencia de los grupos sociales y de las personas. Estas no se pueden equiparar como se equiparan e intercambian las cosas.

La solidaridad es regida muchas veces por la lógica de la gratuidad. Si el desarrollo económico y los beneficios de la empresa no son para todos, no estará siendo ella un sistema de cooperación y un ámbito de solidaridad.

### **Algo que enorgullece**

Aprender a ser solidario equivale a ayudar a los demás a hacer pero más todavía a ser, a crecer como personas. Al contrario, le permite hacer lo más grande que una persona tiene a su alcance: hacer felices a otros. Por ahí, más que por una excesiva preocupación de sí mismo, puede llegar la propia felicidad.

## Aprender a ser solidario-2

La solidaridad equivale a implantar una cultura del dar, no del tener. Quien da necesariamente está ayudando a construir la vida del otro. Quien da es más feliz que aquel que posee, porque para dar hay que poseer y desprenderse de lo que se posee.

Dar no es sólo dar cosas, dar tiempo, dar oportunidades. Es ante todo, darse, poner a la altura de las necesidades de los otros, estar siempre disponibles para ayudar, para colaborar, para cuidar (cultivar, vivir de cerca) la relación con ellos.

La persona tiene una dimensión de interioridad que respalda su acción exterior. Podemos llamarla vida interior, riqueza de intimidad, fuerza espiritual.

Si le falta, entonces se sucumbe ante las dificultades, choca contra los demás, se agrandan los obstáculos, se aleja de los otros o se defiende con palabras que no nacen de lo hondo de sí mismo, sino de las convenciones sociales que permiten guardar las apariencias o desempeñar un papel.

La persona necesita del silencio interior para poder entender bien sus propias palabras y para que ellas sean sonidos significativos, mensajes que llegan a su destino, que se entienden porque revelan una vida vivida.

El mucho ruido corre paralelo a la actividad incesante por quedar bien o por lucir las conquistas materiales o profesionales como un trofeo de caza. Como aquel autor que se dedicaba un libro más o menos con estas palabras: "A mí mismo, a quien no doy todo lo que se merece". El orgullo, la vanidad del propio logro ocupa demasiado espacio, a costa del espacio que deberían ocupar las personas.

El precepto socrático "busca en ti mismo" no es una invitación al egoísmo sino a la vida interior.

Para que esa búsqueda tenga sentido hay que cultivar el espíritu, las facultades superiores, la llamada conducta activa, inteligente y voluntaria, enraizada en el deseo, los sentimientos, la motivación, la esfera afectiva y la inteligencia emocional.

No hay cultura del dar cuando en un momento de crisis todo el mundo acude a contribuir con algo para resolver una situación pasajera.

Lo más importante y clave del dar es estar habitualmente dispuesto a que los demás cuenten efectivamente con nosotros.

No es sólo exclamar: "qué bueno que existas", sino "qué dicha compartir contigo la vida".

Y esto no es posible si no damos, si no salimos de nosotros mismos para ofrecer a los otros lo mejor de nosotros mismos.

Es decir, dar no es dar a los demás lo que no necesitamos sino es entregarles lo mejor que tenemos, así no sea lo más perfecto, o lo cuantitativamente más valioso. Es lo cualitativamente más valioso lo que merece la pena ser dado.

Algunos valores claves para el aprender a ser solidario son: disponibilidad, espíritu de servicio y de sacrificio, voluntariedad, comprensión, generosidad, magnanimidad, y otros más.

En las situaciones en que se da la solidaridad entre personas y entre grupos el bien de todos nos e logra si el bien individual trata de primar sobre aquél.

Sólo cuando comprendemos que hay un bien común por el que vale la pena trabajar, servir y ayudar a los demás, entonces nos decidimos a participar en esa tarea como si fuera la más importante.

La solidaridad, como los demás valores éticos, no puede imponerse. Es un llamado a las personas para que compartan las necesidades, sufrimientos y esperanzas de los otros, sobre todo de aquellos que por razones obvias, están más cercanos, en la propia familia, en la comunidad de vecinos, en la escuela, en la universidad, en la empresa, en el grupo social o religioso, en el grupo político.

La cultura del tener a la que nos referíamos en los primeros capítulos se opone claramente a una cultura del dar, que es la que se vincula con la solidaridad.